



REVISTA DE LETRAS Y CIENCIAS HUMANAS / NOVIEMBRE 2015

# FALSIFICACIÓN Y PLAGIO EN LA LITERATURA ESPAÑOLA



 Retrato falso de Cervantes, atribuido erróneamente a Juan de Jáuregui.

AÑO LXX  
ESPASA LIBROS, S. L. E.

REDACCIÓN  
JOSEFA VALCÁRCEL, 42, 5º  
28027 MADRID

SUSCRIPCIÓN Y  
ADMINISTRACIÓN  
ROSILLO I FORCEL, 21, 2º  
EDIFICIO MERIDIAN  
08016 BARCELONA  
TEL. (93) 499 39 52  
FAX (93) 492 64 91  
E-MAIL: insula@espasa.net  
www.insula.es

DEP. LEG.: M. 210-1958  
ISSN: 0020-4536

INSULA COMO SÍMBOLO CULTURAL, Joaquín Álvarez Barrientos y María Rosell.—El *QUIJOTE* DE AVELLANEDA: ¿UNA FALSIFICACIÓN LITERARIA?, David Álvarez Barrientos.—El *REXILAR* DEL FALSARIO, Jaime Riera Sans.—LA FALSA POESÍA POPULAR. FANTASÍAS, INVENTOS Y MIXTIFICACIONES VASCAS, Jesús Antonio Cid.—FALSIFICACIONES GÓESICAS COMO ARGUMENTO LITERARIO, Leonardo Romero Tobar.—*EL CURIOSO PARLANTE* EN EL TEATRO DE LOS SEUDÓNIMOS, Ana Peñas Ruiz.—FALSIFICACIONES PARÓDICAS DE FEDERICO GARCÍA LORCA Y SUS MÁSCARAS, María Rosell.—VALOR, VIGENCIA Y BANALIDAD DE LA NOCIÓN DE PLAGIO EN LA ESCRITURA LINGÜÍSTICA, Kevin Peterson.—FALSEANDO EL YO LITERARIO: LA AUTOFICCIÓN, Montserrat Escartín Gual.—FICCIONES DE AUTOR Y SUBJETIVIDAD EN LOS ROMANOS VASCOS DE, Liliana Swinski.—LITERATURA APÓCRIFA E HISTORIA LITERARIA, Joaquín Álvarez Barrientos.

## LILIANA SWIDERSKI / FICCIONES DE AUTOR Y SUBJETIVIDAD EN LOS ALBORES DEL SIGLO XX

Los poetas apócrifos y heterónimos constituyen elaboradas estrategias de ficcionalización de la atribución: el escritor concibe personalidades literarias a las que asigna pasajes de su obra. De esta duplicación de la voz enunciativa se desprenden problemas teóricos específicos, asociados con la construcción de la identidad y su puesta en discurso; las relaciones entre ficción y mundo objetivo; los procedimientos de verosimilización; el diseño de personajes que recrean la tradición y escenifican proyectos estéticos y sociales. Los escritos de Antonio Machado (1875-1939) y Fernando Pessoa (1888-1935) han suscitado las presentes reflexiones, y proporcionan los concisos ejemplos que las acompañan. Sus rasgos comunes permiten realizar afirmaciones válidas para ambos casos, aunque se subrayarán también las diferencias con el objetivo de delimitar conceptos.



Antonio Machado.

### La doble atribución y sus efectos

En las personalidades literarias subyace la presunción de que la subjetividad es un haz de tendencias discordantes; pero el artista no actúa en consonancia con los impulsos que lo desorganizarían, sino que internaliza las transgresiones y las sublima en un sistema heterogéneo pero controlado: «*Dar a cada emoção uma personalidade, a cada estado de alma uma alma*» (Pessoa, 1966: 31). Machado restringe la experiencia del desdoblamiento, casi en forma exclusiva, a su tarea como escritor; para Pessoa, la disociación es un rasgo constitutivo, que atribuye a trastornos psicológicos, contradicciones estéticas y operaciones espirituales. Quizás aquí resida la disparidad más notoria entre ambos tipos de *personae* (Swiderski, 2006: 188).

Los apócrifos son un fenómeno prioritariamente lingüístico; el contraste entre las voces (en cuanto a temática, estilo, léxico) es mitigado; la multiplicidad es consecuencia de la permeabilidad del yo frente a la alteridad; la subjetividad se configura dialécticamente; y su propósito declarado es generar opciones superadoras del *statu quo*: «*Cuando una cosa está mal, decía mi maestro —habla Mairena a sus alumnos—, debemos esforzarnos por imaginar en su lugar otra que esté bien; si encontramos, por azar, algo que esté bien, intentemos pensar algo que esté mejor. Y a partir siempre de lo imaginado, de lo supuesto, de lo apócrifo; nunca de lo real*» (I: 506). Los heterónimos, en cambio, interfieren en la vida cotidiana del sujeto; la sensación de ajenidad aumenta notablemente (hasta asociarse con fenómenos me-

diúmnicos o esquizoides); no siempre instauran una versión superior de las condiciones vitales; se distinguen netamente unos de otros; exhiben una subjetividad reticular.

El desdoblamiento que propugnan repercute, necesariamente, en los demás componentes del sistema literario. Tanto apócrifos como heterónimos favorecen el cultivo simultáneo de diferentes corrientes filosóficas o artísticas, suponen una crítica explícita a la tradición y aspiran a una reorganización del canon. En el caso de Pessoa, se trata de un verdadero estallido: simbolismo, esteticismo, decadentismo, vanguardias. Incluso crea tres «ismos» (paulismo, interseccionismo, sensacionismo) y, gracias a Ricardo Reis, concilia su pertenencia al «*linhagem dos românticos*» (1997a: 17) con la reescritura de los clásicos (superando, a su juicio, los desvíos del neoclasicismo y del romanti-

cismo inglés). Machado, por su parte, critica la tradición existente (sobre todo su barroquismo) e imagina «poetas nuevos» sin apelar a la iconoclasia, la ininteligibilidad y la pretendida creación *ex nihilo* de las vanguardias históricas. En un movimiento extremadamente sutil, conserva su creencia en «la radical heterogeneidad del ser» como principio activo que disocia las voces (II: 844), pero preserva el orden del lenguaje para garantizar la comunicabilidad.

Las personalidades literarias tercián entre el autor y su contexto de producción. Su mediación adopta múltiples formas: generan polémicas —lo que Pessoa llamó «*discussão em família*» (1986a: 184)—; representan los conflictos del escritor con sus pares; perfilan un campo intelectual alternativo para suplir las falencias del existente (provincianismo, anquilosamiento, chauvinismo o actitud extranjerizante); deliberan —con la soltura que concede apartarse del nombre propio— sobre la crítica, la edición o la recepción. Machado modela pensadores acordes con sus idearios pedagógicos, contrarios al verticalismo y la petulancia intelectual que repudiaba. Al erigir sus propios precursores, escenifica condiciones ideales de discipulado (entre el maestro Abel Martín y Juan de Mairena, o entre Mairena y sus alumnos); y, por qué no, bosqueja sus epígonos. Sus apócrifos le permiten formular opiniones filosóficas en un contexto lúdico y distendido, sin competir con figuras señeras para él, como Unamuno u Ortega y Gasset. Pessoa, por su parte, es totalmente consciente de su actitud ambigua —de gratitud y parricidio— hacia su primer maestro Teixeira de Pascoaes, suplantado por uno de sus heterónimos: «*Talvez Caeiro proceda de Pascoaes; mas procede por oposição, por reacção. Pascoaes virado de avesso, sem o timar*

do lugar onde está, dá isto — Alberto Caeiro» (1986a: 219). La pluri-ficación de un «Movimento Neopagão Português» integrado por Pessoa «el mismo» y tres de sus heterónimos (Caeiro, Reis y Mora) es un patente ejemplo de su *modus operandi*: en soledad, encarna todo un movimiento (1989: 118).

El proceso de recepción se ve afectado por estas maniobras. A semejanza del «contrato de pastiche» (Genette, 1989: 105), se requiere un «contrato de heteronimia» que podría formularse así: «este es un texto de *x* que debe ser atribuido a *y*» (Swiderski, 2013: 363). Aunque se concentre en cada obra por separado, el receptor debe contemplar el conjunto: es un espectador de lo que Pessoa bautizó *drama em gente*. Como quien lee piezas teatrales, recrea imaginativamente la puesta; pero no cuenta con un texto organizado, sino que reconstruye las relaciones entre los personajes-escritores a partir de fragmentos que desordenadamente recoge. Las personalidades literarias en segundo y tercer grado (articuladas mediante variados mecanismos, por ejemplo, un apócrifo que crea a otro, menciona o resume sus obras, escribe su biografía, lo homenajea, polemiza con él) confieren «realidad» a sus antecesoras en la serie. Solo las personas reales crean entes de ficción, y las estrategias juegan con este supuesto tácito: «La diégesis ficcional se presenta como 'real' en comparación con su propia (meta)diégesis» (Genette, 2005: 8).

El hecho de que se conserve la firma del autor, como garante ideológico y hasta jurídico del discurso, es significativo. Las personalidades literarias no son salvoconductos para evadir responsabilidades; sí mediaciones que enriquecen los planteos gnoseológicos al conferir distancia. Se trata, asimismo, de acudir a la vivencia intrapersonal para estimular el pensamiento, tal como expresa Nietzsche en *Más allá del bien y del mal*: «Poco a poco se me ha ido manifestando qué es lo que ha sido hasta ahora toda gran filosofía, a saber: la autoconfesión de su autor y una especie de *memoires* no queridas y no advertidas» (26). La estructura de la obra acusa los efectos de la diseminación: fragmentarismo, *work in progress*, yuxtaposición de citas auténticas y simuladas, cultivo de géneros que exploran la inconclusión (notas, apuntes, borradores, microensayos). Pessoa lamenta su escritura fragmentaria, paradójico resultado de la aspiración a una totalidad inalcanzable, síntoma de su dificultad para recortar, para sacrificar ideas extemporáneas que constituyen otras tantas líneas de fuga. Para Machado, en cambio, el fragmentarismo abre un abanico de posibilidades: retoma formas populares como la sentencia, la copla, el refrán; comenta temas diversos sin obligarse a un estudio metódico, solemne o acabado; confronta versiones; presenta resúmenes, citas o proyectos de obras inexistentes (pero que deberían existir).

Los paratextos resultan imprescindibles pues, al atribuir una biografía y un retrato a las *personae*, sostienen la ilusión de su existencia «completa» (Doležel, 99). En principio, los datos ofrecidos guardan relación directa con las características de las composiciones: son vidas construidas en función de las obras, pero que luego incidirán en lo que se escribe y orientarán la atribución (no es casual que Álvaro de Campos, ingeniero naval formado en Glasgow, sea el más iconoclasta, futurista y anglófilo de los heterónimos pessoanos). No obstante, que dichos pasajes hayan sido escritos por Pessoa o Machado —quienes nunca experimentaron tales circunstancias— afirma la contingencia de los vínculos entre obra y vida: el portugués incluso procura el «antibiografismo» para extremar la no identificación con sus criaturas. Finalmente y más allá de estos vaivenes, la operatoria en su conjunto es explicada a partir de la psicología y la historia del autor. En la fa-

una carta a César Montano, Pessoa ubica al poeta en un espacio infantil y vincula la despersonalización con su propia condición mental (1986b: 230). Esta interpretación es validada por una gran masa crítica, que no admitiría en otros casos una causalidad tan inmediata. Pareciera que los sucesivos niveles de ficcionalización requieren las precauciones hermenéuticas.

Las personalidades literarias pueden leerse como *unsubstantial selfs* (Olney, 34), pues entre el autor y cada una de ellas se produce una correspondencia similar a la existente entre el término literario y el figurado: ciertos semas equiparan los dos significantes, pero un plus diferencial niega su homologación. Este hecho desdibuja los límites entre biografía ficcional y autobiografía. Ocasionadamente la confusión se agudiza: el *Livro do Desassossego* es considerado como una especie de diario íntimo pessoano, y no basta la mediación del semiheterónimo Bernardo Soares para diluir esa conmutación. Además, cuando el biógrafo es un ente de ficción, se produce una doble transgresión a la ilusión de veracidad propia del género (como en los escritos de Mairena sobre Martín, o las *Notas para a recordação do meu mestre Caeiro*, de Álvaro de Campos).

### Desde la omnipotencia romántica hacia la levedad posmoderna

Es sabido que los juegos con la voz autoral constituyen un fenómeno de larga data; no obstante, su frecuencia, diseño, motivación y funciones varían históricamente (Álvarez Barrientos, 12). Las personalidades literarias deben comprenderse en el marco de las especulaciones sobre la subjetividad que se despliegan durante el siglo XIX, y florecen en pensadores como Kierkegaard, Schopenhauer, Nietzsche o Freud. Nos referimos al progresivo pasaje desde una concepción metafísica, esencialista y racionalista del individuo, hacia el auge de propuestas que —a pesar de su heterogeneidad— coinciden en definir al sujeto como ser fundado en el lenguaje. Sintetiza Foucault: «el 'hablo' funciona como a contrapelo del 'pienso'. Este conducía en efecto a la certidumbre indudable del Yo y de su existencia; aquel, por el contrario, aleja, dispersa, borra esta existencia y no conserva de ella más que su emplazamiento vacío» (6). Apócrifos y heterónimos acusan las tensiones entre ambos paradigmas: su génesis y evolución están imbuidas por el llamado «giro lingüístico». George Steiner ubica esta «revolución» entre 1870 y 1930, y enfatiza el protagonismo que desempeñaron Mallarmé y Rimbaud (118). La «separación del lenguaje de la referencia externa» y «la desconstrucción de la primera persona del singular», respectivamente, «astillan los cimientos del edificio hebraico-helénico-cartesiano en el que se ha alojado la *ratio* y la psicología de la tradición comunicativa occidental» (120).

La estrategia puede ser contemplada, entonces, como un fenómeno bifronte. Se nutre del subjetivismo decimonónico (eco de románticos como Novalis, Schlegel o Wordsworth, pero también de la influyente filosofía de Schopenhauer); y a la vez abona la atmósfera de desencanto de la modernidad tardía. Nietzsche representa la «plataforma giratoria» (en analogía de Habermas) entre ambas concepciones; así lo compendia en *La voluntad de poder*: «Que las cosas acrediten una naturaleza por sí, independiente de la interpretación y aparte la subjetividad, es una hipótesis muy poco válida, porque ello presupondría que el interpretar y el subjetivizar no es esencial y que una cosa existe con independencia absoluta de todas sus relaciones» (380). Este argumento, que se encuentra en la raíz de las especula-

L. SWIDERSKI /  
FICCIONES  
DE AUTOR...

ciones, de variado signo, del postestructuralismo, la deconstrucción y la postmodernidad, licencia al yo de la tutela de los absolutos pero, en el mismo gesto, debilita sus puntos de anclaje. Se asocia además con las mutaciones cuantitativas y cualitativas del derecho a la personalidad, cuando ya no se considera privativa del genio como ser excepcional y fluye desde el arte hacia las demás esferas (Taylor, 26). La emancipación del individuo en la «modernidad líquida» parece diluirse en promesas de autorrealización siempre postergadas (Bauman, 24).

En este contexto, la doble atribución heteronímica admite a su vez una doble lectura, según se enfoquen sus principios o sus corolarios:

consumación del vate romántico, un demiurgo que desborda los límites de su alma —*«the genius is more than the mere plurality of persons: It is a system of persons, an organic/organized totality»* (Berman, 79)—; pero también escisión y añoranza del paraíso perdido de la unidad. Especialmente en la obra de Pessoa, se advierten las oscilaciones entre la euforia (*«que pode um homem de gênio fazer senão converter-se, ele só, em uma literatura?»* [1966: 95]) y la decepción (*«Não sou nada. Nunca serei nada»* [1997b: 224]). El nombre de



Fernando Pessoa.

autor mantiene su posición central, evidente en los planes de publicación y las declaraciones paratextuales, pero la intensificación de las tendencias centrífugas problematiza la estabilidad del conjunto.

Para crear la ilusión de que las fronteras entre lo intra y lo extratextual han sido desplazadas, se emplean «reforzadores» de la verosimilitud: diálogos e intercambios epistolares con sus *alter ego*; biografías y etopeyas de las personalidades literarias; documentos apócrifos; imbricación de datos ficcionales y empíricos; falsos testimonios y *boutades*. Tales recursos distinguen heterónimos de pseudónimos. La condición de «nombres de pluma» de estos últimos no debe subestimarse, pues imprimen un sesgo capaz de condicionar la lectura de toda la obra (profundizar la veta humorística; incorporar representaciones alternativas de género, nacionalidad o clase; atestiguar una conversión; evidenciar el enclave en una tradición u homenaje; aportar sencillez y hasta eufonía para optimizar la comunicación). Su proximidad a los heterónimos es directamente proporcional a la importancia que adquieren estas connotaciones y su grado de desvío respecto del autor. Sin embargo, incluso los pseudónimos múltiples están privados del componente metaficcional que caracteriza a las personalidades literarias, como expresión sistemática de un planteo filosófico: la realidad es un constructo, ya no está «ahí afuera» para ser descubierta (Rorty, 63). Los heteróni-

mos despliegan modos probables de ser y estar en el mundo, tan legítimos como el del escritor en su persona, aunque liberados de las coordenadas biográficas. El autor confiere «realidad» a sus *personae*, pero paga este gesto con su propia «desrealización». De todas maneras, es imprescindible remitirse al escritor de carne y hueso, pues la operatoria perdería su sentido y viabilidad si no existiera ese contraste, y si todos los sujetos fueran considerados igualmente como «espacio sin centro, ausencia de sentido, juego, no-representación» (Barco, 12).

El escepticismo apunta hacia la impugnación del conocimiento dogmático, aunque a veces se agudice hasta el nihilismo. La proliferación de voces expande el momento generativo de la hipótesis; se recurre con frecuencia a las figuras lógicas como el oxímoron y la paradoja para liberar el pensamiento. El «sin embargo...» machadiano, que remata tantas intervenciones de Mairena, es una elocuente invitación a la contrarréplica; la peculiar dialéctica pessoana no admite la síntesis. Operaciones de este tenor son claros ejemplos de evitación de la clausura: según Anthony Giddens, la modernidad «institucionaliza el principio de la duda radical y recalca que todo conocimiento adopta la forma de hipótesis», por lo que nos hallamos en «circunstancias de incertidumbre y elección múltiple» (11). En Pessoa y Machado, los postulados ideológicos y las utopías sociales todavía conservan su poder: se extreman las contradicciones en el plano de lo imaginario, ejercicio que enriquece pero no desregula la vida corriente. Nada más apartado del relativismo que las proclamas de Mairena durante la guerra civil; o la posición de Pessoa frente a la masificación cultural o la censura.

Los imponderables que actualmente dificultan nuestras elecciones derivan, en gran medida, de la hegemonía de la interpretación, que expande la soberanía individual pero mina los colectivos de pertenencia. En ese marco pueden leerse las reflexiones sobre la «sociedad del riesgo global» de Ulrich Beck (3), el «orden postradicional» de Anthony Giddens (13), el «yo colonizado» de Keneth Gergen (75) o el «ágora mayormente vacía» de Zygmunt Bauman (46). Apócrifos y heterónimos podrían leerse como índices de estos conflictos en ciernes, a sabiendas de que la diseminación del sujeto aún se contenía en la esfera literaria, la introspección y la creatividad; fenómeno muy diferente de la «multifrenia» que, a partir de la tecnología de alto nivel, modificó drásticamente la experiencia cotidiana (Gergen, 100). Las primeras décadas del siglo XX no conocían lo «hiperreal», cuando «la simulación no corresponde a un territorio, a una referencia, a una sustancia, sino que es la generación por los modelos de algo real sin origen ni realidad» (Baudrillard, 5). No obstante, en alguna medida los heterónimos son antecedentes de las actuales identidades múltiples y del yo como espectáculo: Marc Guillaume los considera (incluso cita a Pessoa) como indicios de la «espectralidad» de la comunicación contemporánea (25), a la que define por la desaparición de «la piedra angular de todos los antiguos códigos fundados en la identidad, la identificación, el *nomen* y, por lo tanto, el *nomos*» (29). La experimentación con el ego que las personalidades literarias promueven refluó sobre la subjetividad autoral —según los mismos poetas declararon—, y repercutió sobre su entorno cultural y social. Como afirma Thomas Pavel, «la ficción regresa, dibujando lo que podríamos llamar el *mapa semántico de su contexto* sobre el mundo real» (178).

## Bibliografía

- ÁLVAREZ BARRIENTOS, J. (2014): *El crimen de la escritura. Una historia de las falsificaciones literarias españolas*, Madrid, Abada.
- BARCO, O. del (1973): «Leer Blanchot», en Maurice Blanchot, *La ausencia del libro y Nietzsche y la escritura fragmentaria*, Buenos Aires, Caldén, pp. 7-24.
- BAUDRILLARD, J. (1978): *Cultura y simulacro*, Barcelona, Kairós.
- BAUDRILLARD, J. y GUILLAUME, M. (2000): *Figuras de la alteridad*, México, Taurus.
- BAUMAN, Z. (2006): *Modernidad líquida*, Buenos Aires, F. C. E.
- BECK, U. (2002): *La sociedad del riesgo global*, Madrid, Siglo XXI.
- BERMAN, A. (1992): *The Experience of the Foreign*, Nueva York, State University NY Press.
- DOLEŽEL, L. (1999): *Estudios de poética y teoría de la ficción*, Murcia, Servicio de Publicaciones Universidad.
- FOUCAULT, M. (1997): *El pensamiento del afuera*, Valencia, Pre-Textos.
- GENETTE, G. (1989): *Palimpsestos. La literatura en segundo grado*, Madrid, Taurus.
- (2005): *Metalepsis: de la figura a la ficción*, México, F. C. E.
- GERGEN, K. (1992): *El Yo saturado*, Barcelona, Paidós.
- GIDDENS, A. (1995): *Modernidad e identidad del yo. El yo y la sociedad en la época contemporánea*, Barcelona, Península.
- HABERMAS, J. (1989): «Entrada en la postmodernidad: Nietzsche como plataforma giratoria», en *El discurso filosófico de la modernidad*, Madrid, Taurus, pp. 109-133.
- MACHADO, A. (1997): *Obras. Soledades y otros poemas*, Buenos Aires, Losada.
- NIETZSCHE, F. (1972): *Más allá del bien y del mal*, Madrid, Alianza.
- (2003): *La voluntad de poder*, Madrid, Edaf.
- OLNEY, J. (1972): «A theory of autobiography», *Metaphors of Self: The meaning of autobiography*, New Jersey, Princeton University Press, pp. 3-50.
- PAVEL, T. (1997): «Las fronteras de la ficción», comp. Antonio Garrido Domínguez, *Teorías de la ficción literaria*, Madrid, Arca, pp. 171-179.
- PESSOA, F. (1966): *Páginas Íntimas e de Auto-Interpretação*, Lisboa, Ática.
- (1986a): *Textos de intervenção social e cultural. A ficção dos heterónimos*, ed. António Quadros, Sintra, Europa-América.
- (1986b): *Escritos íntimos, cartas e páginas autobiográficas*, ed. António Quadros. Sintra: Europa-América.
- (1989): *A procura da verdade oculta. Textos filosóficos e esotéricos*, ed. António Quadros, Sintra, Europa-América.
- (1997a): *Livro do Desassossego*, Lisboa, Ática.
- (1997b): *Obra poética*, ed. Miguel Viqueira, Barcelona, Ediciones 29.
- RORTY, R. (1991): *Contingencia, ironía y solidaridad*, Barcelona, Paidós.
- STEINER, G. (1991): *Presencias reales*, Barcelona, Destino.
- SWIDERSKI, L. (2006): *Antonio Machado y Fernando Pessoa: El gesto ambiguo (Sobre apócrifos y heterónimos)*, Mar del Plata, EUEM y Martín.
- (2013): «La ficcionalización de la voz autoral y sus efectos en la recepción», *Tropelías. Revista de Teoría de la Literatura y Literatura Comparada*, 19, Zaragoza, pp. 357-367.
- TAYLOR, C. (1996): *Fuentes del yo. La construcción de la identidad moderna*, Barcelona, Paidós.

# JOAQUÍN ÁLVAREZ BARRIENTOS / LITERATURA APÓCRIFA E HISTORIA LITERARIA

La historiografía literaria ha reflexionado a menudo sobre qué es la literatura, cuándo comienza y se puede hablar de ella, cuándo esa literatura se convierte en nacional y, por supuesto, en qué momento se empieza a compilar el canon y se escriben sus primeras historias. Una historia es la construcción de un relato cuyo sentido debe servir a los intereses de aquellos que lo elaboran, de manera que, para conseguirlo, habrá cosas que se ajusten a sus intereses y premisas, y entren en esa narración, y otras que no lo hagan y queden fuera.

Al excluir e incluir, el historiador actúa como en las demás prácticas humanas, y así, del mismo modo que a menudo se entienden los géneros literarios desde una arbitraria configuración decimonónica para señalar, por ejemplo, que no hay novela antes de los famosos autores del XIX y que asistimos a su muerte en el siglo XX —cuando tal vez sería mejor pensar en términos de cambio y no de nacimiento y muerte—, del mismo modo también se piensa en literatura y en situación literaria en términos modernos que deforman la percepción de lo que ocurría en el pasado, y desfiguran el retrato al dar, por ejemplo, excesiva relevancia a lo escrito a la hora de ofrecer el estado histórico de la cuestión literaria, como ya denunció en 1965 Antonio Rodríguez-Moñino en *Construcción crítica y realidad histórica en la*

*poesía española de los siglos XVI y XVII*, donde mostraba hasta qué punto las historias son el resultado de asumir convenciones posteriores a la realidad estudiada, que entorpecen su conocimiento. En este proceso de construcción, unas realidades quedan fuera y a otras se les da el certificado de autenticidad literaria. Autenticidad tanto en el sentido de que algo se considera realmente literatura y merece estar en el canon, y autenticidad por contraste con lo apócrifo, que es aquello que finge, suplanta, emula autoría.

Estas observaciones vienen al caso para señalar algunas características de la manera en que se ha elaborado la historia de la literatura, de esa práctica ficticia que se manifiesta de diferentes modos, ya orales, ya escritos, ya gráficos (aleluyas, comic, por ejemplo), y en distintos géneros, y para indicar que en esas narraciones hay un grupo de obras marginadas, en unos casos desde el punto de vista estético, en otros por su condición apócrifa. Esta literatura apócrifa habría sido derrotada por el canon.

La historia literaria se convierte así en un territorio, en un país, en un continente, y a veces en un mundo (según el criterio geográfico que se emplee al escribirla), en el que para formar parte hay que tener el carnet de identidad literario o el pasaporte, lo que se logra si la obra